

duo de su familia. El haber desperdiciado en 1804 la ocasión de celebrar alianza con la Prusia y enviado al papa á sus Estados en 1805, colmado de honores, pero finalmente defraudado en sus intereses, fueron en nuestra opinión los primeros yerros esenciales de aquella política poderosa, cuyo defecto consistió en no haber contado nunca más que consigo misma, sin cfrarse de las demás.

Aprovechó Napoleón la circunstancia de no haberle hablado directamente más que de las Legaciones, para dar la respuesta fácil y sencilla que emanaba de la misma situación. No podía dejar vendido á un Estado que le había elegido por jefe suyo, razón legítima y perentoria por lo tocante á las Legaciones; y anunció la intención que tenía de mejorar más adelante la situación de la Santa Sede. Encargó al cardenal Fesch que tuviese sobre esto una explicación con el papa. Quería, por de pronto, socorrerle con dinero, y dejaba entrever para otra época no muy lejana nuevos arreglos territoriales, en virtud de los cuales podría el papa lograr una indemnización. En esto se mostraba realmente sincero, porque ya su genio columbraba aquellas modificaciones como asaz cercanas. Veía, en efecto, que la guerra iba á arder de nuevo en el continente: veía á la Italia conquistada por entero, á Venecia arrancada de las garras del Austria, á Nápoles libre de Borbones, y pensaba que entre tantos trastornos no le sería difícil hallar el medio de dejar contento al papa.

Pero de haber diferido el cumplimiento de tan buenas intenciones, se originaba cierto disgusto actual que produjo en breve enojosas consecuencias.

Separáronse Napoleón y el papa más satisfechos el uno del otro de lo que hubiera sido de esperar, atendida la repulsa que las demandas del último habían sufrido. Éste, en vez de caer en una celada dejando á Roma, como algunos insensatos le habían vaticinado, acababa de ser recibido en París de una manera espléndida; su presencia había dado impulso á las ideas religiosas, y su persona, por último, había ocupado en Francia un puesto digno de las más grandes épocas de la Iglesia. A vuelta de todo, si sus interesados consejeros quedaban disgustados, él por su parte se retiraba satisfecho. Despidiéronse del pontífice el emperador y la emperatriz del modo más cordial, y partió colmado de magníficos presentes. Salió de París el día 4 de abril de 1805, entre un gentío más considerable aún que el que había salido á recibirle. Debía detenerse unos cuantos días en Lyon para celebrar allí la festividad de la Pascua.

Napoleón había tomado sus disposiciones para emprender su viaje hacia la misma época. Después de dar sus últimas órdenes á la escuadra y al ejército y de reiterar sus instancias á la corte de España para que en el Ferrol y en Cádiz estuviere todo pronto, y después de dejar al archicanciller Cambaceres la dirección, no ostensible, sino real y efectiva del imperio, se trasladó el 1.º de abril á Fontainebleau, donde debía permanecer dos ó tres días. Partió todo satisfecho de sus proyectos y lleno de confianza en su buen éxito. Ya consideraba como una garantía de su triunfo la salida feliz del almirante Villeneuve: éste acababa finalmente de dar la vela el 30 de marzo con un viento favorable, y se le perdía de vista desde las alturas de Tolón sin que

se temiese que tuviese encuentro alguno con los ingleses. Sólo una malhadada circunstancia impedía que la satisfacción fuese completa. Había llegado el mes de abril sin que se advirtiese en Brest la entrada del equinoccio, y la salida de Ganteaume había quedado imposibilitada por el tiempo, que estando calmoso y sereno, no obligaba á los ingleses á alejarse y á perder de vista el puerto de donde tenía que salir la escuadra. Una vez ésta en la mar, ya no parecía dudoso el éxito de las reuniones, y era forzoso suponer un verdadero fenómeno en las estaciones para que el equinoccio no produjese algún temporal durante el mes de abril. Salió, pues, Napoleón de Fontainebleau el 3 de este mes, encaminándose rápidamente por Troyes, Chalóns y Lyon y adelantándose al papa, para que las dos comitivas no se embarazasen mutuamente.

Mientras se encaminaba á Italia, entregado á sus grandiosos pensamientos, admitiendo de vez en cuando por vía de distracción los festejos de las poblaciones por donde pasaba, la Europa, diversamente agitada, estaba engendrando una tercera coalición. La Inglaterra, temerosa por su existencia, la Rusia ajada en su orgullo, el Austria profundamente disgustada de lo que se estaba preparando en Italia, y la Prusia, siempre vacilante entre contrarios temores, trababan ó sufrían que se trabase una nueva liga europea, que, lejos de ser más afortunada que las precedentes, debía proporcionar á Napoleón un engrandecimiento colosal, por desgracia hartamente desproporcionado para que pudiera ser permanente.

Arrepentido el gabinete ruso de los yerros que le había hecho cometer la inexperiencia de su joven soberano, bien hubiera deseado sacar de las respuestas de la Francia una ocasión para desdecirse de sus precipitadas determinaciones; pero la altanería de Napoleón, que se obstinó en no dar ni siquiera una explicación espiciosa de la ocupación de Nápoles, de su negativa de indemnizar á la casa de Saboya y de la invasión del Hannover, por considerar estas cuestiones como negocios que si bien podían tratarse con una corte aliada, no eran para ventilados con una corte enemiga, frustró la esperanza del gabinete de San Petersburgo, y le obligó á su pesar á dar orden á Mr. d'Oubril para que se retirase. El emperador Alejandro, que no tenía suficiente carácter para soportar las consecuencias de sus primeros ímpetus, estaba como amilanado y confuso. Rodeábanle sus amigos y consejeros Strogonoff, Nowosiltzoff y Czartoryski, menos previsores todavía pero quizá más resueltos que él, y le persuadían la necesidad de sostener á los ojos de la Europa la dignidad de su corona. Dominaba de nuevo á la sazón la idea, poco práctica en verdad, si bien seductora, de un arbitraje supremo ejercido en nombre de la justicia y de la legitimidad. Agitaban á la Europa dos potencias, la Francia y la Inglaterra, y la oprimían por causa de los intereses de su rivalidad. Era menester ponerse al frente de las naciones vejadas, proponerles un plan común de pacificación, en que se hallasen garantidos sus respectivos derechos y resueltos los puntos de litigio entre Inglaterra y Francia. Era preciso que la Europa entera conviniese en este plan, proponérsele en su nombre á la Francia y á la Inglaterra, concertarse luego con la que le adoptase contra la potencia que lo rehusara, para confundirla

bajo el peso de la justicia y de la fuerza del mundo entero. Otros consejeros más maduros y menos entusiasmados con las teorías, hubieran desde luego descubierto en semejante plan una coalición con la Inglaterra y una parte de la Europa contra la Francia. En efecto, como concebido de una manera enteramente favorable á aquella potencia, la cual lisonjeaba á la Rusia, y contraria para la Francia, que no la lisonjeaba, no podía menos Mr. Pitt de aceptarlo, al paso que lo rechazara Napoleón. Su resultado directo debía ser una tercera coalición. Las proposiciones presentadas al emperador Alejandro fueron acompañadas de ideas tan especiosas y deslumbradoras, y hasta tan exactas y generosas algunas de ellas, que seducida por fin la viva imaginación del joven zar, aterrada en un principio de lo que se proponía, concluyó deseando ardientemente poner desde luego manos á la obra.

Antes de referir las negociaciones que á esto siguieron, cúmplenos exponer aquel plan de arbitraje europeo, nombrando á su autor, pues la gravedad de las consecuencias que produjo le hace digno de mención. Habíase establecido en Polonia, con objeto de utilizar sus talentos, uno de esos aventureros, á veces dotados de facultades eminentes, que suelen llevar al Norte la ciencia y el ingenio del Mediodía; era un clérigo llamado Piatoli, que en un principio se había adherido al último rey de Polonia, y después de las desmembraciones había pasado á la Curlandia, y de Curlandia á Rusia. Piatoli era uno de esos hombres activos que no pudiendo encumbrarse hasta la gobernación de los Estados por hallarse muy fuera de sus naturales alcances, andan siempre ideando planes, por lo común quiméricos, pero algunas veces luminosos. Este aventurero había meditado profundamente sobre la Europa, y debió á la casualidad, que le puso en relaciones con los jóvenes validos de Alejandro, la proporción de ejercer una influencia secreta, asaz considerable, y de hacer prevalecer en las resoluciones de las potencias algunas de sus concepciones: suerte que rara vez alcanzan los pensadores de esa laya. El presbítero Piatoli logró la triste fortuna de suministrar en 1805 varias de las principales ideas que acabaron por abrirse camino en los tratados de 1815. Esta circunstancia le hace digno de mención, y las ideas que le atribuimos no son suposiciones, pues constan en varias memorias secretas entregadas á la sazón al emperador Alejandro (1). Llegó á intimar este extranjero, más que con los otros, con el príncipe Czartoryski, por ser el más grave y entendido entre los jóvenes que gobernaban el imperio de Rusia, y las miras de ambos se confrontaron tanto, que puede decirse que en el plan propuesto al emperador tenían los dos igual parte. El plan era el siguiente:

La ambición de las potencias del Norte y las conquistas de la revolución francesa habían trastornado la Europa en los últimos treinta años y oprimido á todas las naciones de segundo orden. Era preciso remediar esto con una nueva organización y estableciendo un nuevo derecho de gentes bajo la protección de la gran confederación europea. Para esto era menester valerse de una potencia absolutamente desinteresada, que ins-

pirase su desinterés á todas las otras y que se esmerase en completar la obra propuesta.

Sólo una potencia reunía en sí todas las cualidades necesarias para esta noble misión, y era la Rusia. Debía ésta, si comprendía su destino, cifrar su verdadera ambición, no en adquirir territorios, como se proponían la Inglaterra, la Prusia y el Austria, sino en conseguir un influjo moral. El influjo es todo para un grande Estado. Después del influjo entran las adquisiciones territoriales. Razón tenía el italiano en discurrir así. La Rusia se alzó con la Polonia aparentando proteger en Europa á los príncipes medrosos, grandes y pequeños, contra lo que suele llamarse revolución, y no sería del todo imposible que por el mismo medio ganase á Constantinopla. Primero es influir y luego conquistar.

Debía, pues, proponer la Rusia á todas las cortes, no ya la guerra contra la Francia, lo cual no hubiese parecido ni justo ni político, sino una *alianza de mediación para la pacificación de la Europa*. No hubiera sido difícil en verdad conseguir que se adhiriesen á ella el Austria y la Inglaterra; pero todo era expuesto sin la cooperación de la Prusia. Era menester, por lo tanto, sacar á esta corte astuta de sus interesadas vacilaciones, ó bien hollarla bajo la planta de los ejércitos europeos si se negaba á concurrir al proyecto común. No debía guardarse miramiento alguno ni con la Prusia, ni con ningún otro Estado que resistiera el plan propuesto, *por haber desertado de la causa del linaje humano*.

Una vez reunidos todos los Estados europeos, excepto la Francia, debían formarse tres grandes masas de fuerzas: una en el Mediodía, compuesta de rusos y de ingleses, trasladados á Italia en navíos y destinados á atravesar luego con los napolitanos la península italiana hacia arriba, para juntarse con una columna de cien mil austriacos acampados en la Lombardía; otra masa hacia el Oriente, compuesta de dos grandes ejércitos, austriaco y ruso, encaminados por el valle del Danubio con dirección á la Suabia y la Suiza; y por último, otra en el Norte, compuesta de rusos, prusianos, suecos y daneses, dirigida hacia el Rhin, bajando perpendicularmente del Septentrión. Estas tres grandes masas armadas debían obrar independientemente entre sí, á fin de evitar los inconvenientes de las coaliciones, las cuales suelen dejarse batir por intentar un concierto imposible. Cada una de ellas debía dirigirse como un ejército aislado, sin pensar más que en su propia seguridad y en su acción propia. El desastre que ocasionaron en Zurich el archiduque Carlos y Suwarow, no provino de otra cosa más que de haber querido éstos combinar sus movimientos.

Reunidas así estas tres masas armadas, debía tomarse la voz de un congreso común representante de la *alianza de mediación*. Habían de ofrecerse á la Francia condiciones compatibles con su actual grandeza, consentidas antes por la Inglaterra, y sólo se procedería á la guerra en caso de repulsa. Las condiciones serían los tratados de Luneville y de Amiéns, pero según los explicase la Europa. Por los proyectos á que se limitaban nuestros envidiosos enemigos, podemos inferir cuál sería nuestro poderío entonces.

La Francia debía conservar los Alpes y el Rhin, es decir, la Saboya, Ginebra, las provincias rhinianas, Maguncia, Colonia, Luxemburgo y Bélgica; debía restituirse

(1) En Francia existe una copia de estas memorias.  
(N. del A.)

el Piamonte; el nuevo Estado creado en la Lombardia no sería destruido para adjudicar sus pedazos al Austria, sino que se destinaría á constituir una Italia independiente, á cuyo fin hasta se exigiría del Austria que abandonase á Venecia. La Suiza, conservando la organización que Napoleón le había dado, quedaría cerrada á las tropas francesas y declarada completamente neutral. Lo mismo se verificaría con respecto á la Holanda. La Francia, en suma, conservando sus grandes límites de los Alpes y del Rhin, tendría que evacuar la Italia entera, la Suiza y la Holanda, sin contar el Hannóver, que, una vez terminada la guerra, no podría ser nuevamente ocupado.

A trueque de estas concesiones exigidas á la Francia, la Inglaterra debería obligarse á dejar á Malta, á restituir las colonias de que se hubiese apoderado, y aun á auxiliar á los franceses en otra nueva empresa contra Santo Domingo, por cuanto la Europa estaba interesada en libentar á aquel privilegiado suelo de la barbarie de los negros insurrectos. También se le obligaría á concertarse con todas las demás naciones para la formación de un código marítimo equitativo. Como última condición, todas las cortes debían reconocer á Napoleón por emperador de los franceses.

No hay duda de que si la Rusia hubiera tenido bastante poder para obligar á tolerar al Austria la independencia de la Italia y á la Inglaterra la independencia de los mares, Napoleón hubiese hecho muy mal en desechar las condiciones propuestas; pero, lejos de querer entregar la hermosa Venecia á aquellos benévolos organizadores de una nueva Europa, el Austria sólo anhelaba volver á Milán y adelantarse por la Suabia; la Inglaterra por su parte, lejos de tratar de reconocer los derechos de los neutrales, se proponía conservar á Malta; y por consiguiente, si Napoleón se obstinaba, como parecía indudable, en conservar el Piamonte, la Suiza y la Holanda, para sacar partido de los países que sus enemigos querían constituir en daño suyo, su ambición era muy perdonable comparada con la de los otros gobiernos europeos.

Este proyecto, concebido en un principio con sinceridad y con intenciones generosas, hubiera sido completamente equitativo si le hubieran aceptado todos por entero; pero en manos de una coalición hipócrita no podía menos de ser un verdadero pretexto para inducir á la Francia á una repulsa que volviere á concitar contra ella á toda la Europa. Así lo probaron en breve los hechos.

Si la Francia lo resistía, cosa en verdad muy probable, se debía obrar contra ella militarmente. En este caso, convenía ocultar el intento de cambiar su gobierno, más bien que revelarlo, halagar su orgullo, tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, prometer al ejército la conservación de sus grados (exactamente todo lo que se hizo en 1814), y sólo si el cansancio de un gobierno belicoso y agitado producía en Francia una reacción en favor de la antigua dinastía, procurar restablecer ésta, pues debiendo su restauración á la Europa, era regular que se contentase más fácilmente que la familia de Bonaparte con el pequeño Estado á que se la quería reducir.

La guerra podía ofrecer probabilidades diversas. Si sólo era feliz á medias, se quitaría á la Francia la Italia

y la Bélgica; si era completamente afortunada, perdería también la Francia las provincias rinianas, esto es, el territorio comprendido entre el Mosa y Rhin. Sería menester en ambos casos no olvidar el yerro cometido contra Luis XIV, y guardarse de renovar el ejemplo de la altanería del pensionario (1) Heinsio, porque la Francia, si se veía muy maltratada, no tendría jamás reposo. Era menester, pues, dejarle algunas de sus actuales conquistas, tirando una línea desde Luxemburgo á Maguncia y concediéndole además de esta plaza la Baviera llamada riniana. Vemos, pues, que las combinaciones de semejante política, no habiéndolas reformado aún Pitt, no llevaban el sello de un rencor encarnizado, como las que diez años después prevalecieron.

Según la doble hipótesis de una guerra más ó menos afortunada, distribuíase la Europa de la manera siguiente:

Convenía ante todo guarecerse contra aquella nación francesa, dotada de tan peligrosos talentos y de un carácter tan emprendedor. Para esto era necesario rodearla de Estados poderosos, capaces de defenderse. Había primeramente que robustecer á la Holanda y darle con esta mira la Bélgica, para hacer de estos dos países lo que se llamaba el reino de las Dos Bélgicas, el cual se concedería á la casa de Orange, que tanto había sufrido de resultados de la revolución francesa. La Prusia sería mantenida en el Rhin, donde se hallaba: tal vez se la devolverían las pequeñas provincias que había cedido á la república francesa, tales como el ducado de Cleves y de Güeldres, y en cuanto fuera posible se le daría cierta extensión en la Westfalia, alrededor de la Holanda, para separarla de todo contacto con la Francia. No obstante, en virtud del principio de desinterés impuesto á las potencias, principio sin el cual no se podía establecer la Europa sobre bases duraderas, no se adjudicaría gran cosa á la Prusia, á fin de poder organizar la Alemania y la Italia de una manera conveniente. Después del reino de las Dos Bélgicas creado al Norte de la Francia, se crearía al Mediodía y al Levante el reino de Piamonte, con el nombre de reino Subalpino, que se adjudicaría á la casa de Saboya, actualmente destronada, la cual había sufrido más todavía que la casa de Orange por la causa común de los reyes. No se le restituiría la Saboya, pero se le concedería todo el Piamonte, toda la Lombardia y hasta el Estado veneciano, quitado al Austria con esta intención, mediante el resarcimiento de que vamos á hablar. Finalmente, á este dilatado territorio se agregaría Génova. Este reino Subalpino, formando así el Estado más considerable de la Italia, sería capaz de equilibrar el poder de la Francia y del Austria y de servir más adelante de fundamento para la independencia italiana.

La hermosa é interesante región de la Italia debía constituirse separadamente, y de modo que aquella península pudiese gozar de esa existencia propia que tanto y tan inútilmente ha anhelado siempre. Reunirla en un solo cuerpo de nación era por entonces imposible; había de componerse de diferentes Estados, unidos por un vínculo federativo, bastante poderoso para que la acción común fuese tan rápida como fácil. Además del reino

(1) En el antiguo gobierno de Holanda el oficio público de pensionario equivalía al de primer consejero de Estado.  
(N. del T.)

Subalpino, que comprendía toda la Italia desde los Alpes marítimos hasta los Alpes julianos, con dos puertos como Génova y Venecia, habría un reino de las Dos Sicilias, el cual conservaría sus actuales límites y estaría situado á la otra extremidad de la península. Ocuparía el centro el papa, posesionado nuevamente de las Legaciones, disfrutando de una neutralidad perpetua y haciendo, como el elector de Maguncia en el cuerpo germánico, las funciones de canciller de la confederación; también ocuparía el centro el reino de Etruria, conservado para la España; por último, llenarían los intersticios y completarían las extremidades la república de Luca, la orden de Malta, la república de Ragusa y las Siete Islas. Este cuerpo italiano, en su organización federativa, tendría un jefe como el cuerpo germánico, aunque no electivo. El rey del Piamonte y el de las Dos Sicilias debían alternar en esta dignidad.

Era esta, sin duda alguna, una combinación generosa y profunda, á la cual hubiera debido la Francia sacrificar sus pretensiones particulares, si las cabezas poco maduras que gobernaban la Rusia hubiesen sido capaces de llevar adelante un pensamiento grande con formalidad y energía.

La Saboya, perdida para la corona de Cerdeña, no hubiera sido restituida á la Francia, pero se hubiera convertido en cantón suizo reunida con la Valtelina y la tierra de los Grisones. La Suiza, dividida en cantones, se hubiera reunido á la Alemania como uno de los Estados confederados.

El imperio germánico debía someterse á un régimen enteramente nuevo. Hallábase alternativamente oprimido por el Austria y la Prusia, que se disputaban su dominio; estas dos potencias quedarían fuera de la confederación, en la cual no representaban más papel que el de corifeos ambiciosos; de modo que entregado á sí propio el cuerpo germánico, y con aquellas dos grandes masas de menos, aunque aumentado con el reino de las Dos Bélgicas y la Suiza, liberto de toda influencia pernicioso, sin más punto de mira que el interés puramente alemán, no volvería á verse arrastrado á su pesar á guerras injustas ó extrañas á sus verdaderos intereses. La corona dejaría allí de ser electiva; su dirección incumbiría á los principales Estados de la confederación, por turno, según se proponía para la Italia; los Estados de Baden, Wurtemberg y Baviera adquirirían mayor fuerza por medio de nuevas demarcaciones territoriales, y por último, se pondría fin á la continua y alarmante disputa de la Baviera con el Austria, adjudicando á esta última la frontera del Inn.

De este modo, los tres grandes Estados del continente, Francia, Prusia y Austria, quedarían separados entre sí por tres grandes confederaciones independientes, la confederación germánica, la confederación suiza y la confederación itálica, extendidas desde el Zuiderzé hasta el Adriático.

Aun suponiendo que fuesen buenas y practicables estas diversas combinaciones, no podemos menos de observar que separar la Prusia y el Austria del cuerpo germánico no era libentar á la Alemania, porque estas dos ambiciones eliminadas se hubieran conducido con ella del mismo modo que los Estados absolutos situados alrededor de un Estado libre, como Federico y Catalina á las puertas de la colonia; la hubiera dividido y agitado,

y en vez de querer influir en ella hubieran tendido á conquistarla. La verdadera independencia de la Alemania consistía á la sazón en una organización sólida de la Dieta y una repartición equitativa de votos entre el Austria y la Prusia, de tal suerte que la confederación pudiese mantener entre las dos la balanza. Agréguese á estos arreglos europeos que no convirtiesen á la Prusia en enemiga natural de la Francia (como se hizo en 1805 adjudicándole las provincias del Rhin), y quedando las dos potencias alemanas en rivalidad, pero equilibradas por la Dieta, la Alemania se hubiera visto libre, ó lo que es lo mismo, capaz de hacer que sus resoluciones propendiesen del lado de sus verdaderos intereses.

Con suprimir la elección para la corona imperial, nada se hubiera ganado en nuestro sentir. Aunque hiciese dos siglos que esta corona no salía de la casa de Austria, la elección, sin embargo, era un vínculo de dependencia para ésta con respecto á los Estados de Alemania, y es á veces muy útil que los grandes dependan del beneplácito de los pequeños cuando puede conseguirse esto sin anarquía. La Alemania, constituida como lo había estado en 1803 por Napoleón, con unos cuantos votos más para los católicos, para restablecer el equilibrio, alterado en perjuicio del Austria, ofrecía en nuestra opinión un arreglo mejor y más natural que el que concibieron los autores de la nueva organización europea.

Aunque fuese el desinterés el principio esencial del plan propuesto, esta abnegación podía llevarse hasta el punto de renunciar á nuevas adquisiciones y contentarse con un arreglo mejor para la Europa como único resarcimiento de los dispendios de la guerra, pero no hasta el punto de querer perder. Por lo tanto, parecía justo ofrecer una indemnización al Austria por el Estado de Venecia, al cual se deseaba que renunciase; y en este concepto se le adjudicaban la Valaquia y la Moldavia, dilatándola de este modo hasta el mar Negro y librándola del peligro futuro de verse bloqueada por la Rusia.

El imperio otomano se mantenía en su ser y estado, salvo algunas restricciones de que daremos cuenta.

Faltaba el arreglo del Norte. Mucho juzgaba que había que hacer en él aquel singular organizador de la Europa que con tanto desembarazo recorría el mapa entero del mundo. La frontera que separaba la Prusia de la Rusia reclamaba una reforma. La Polonia estaba repartida entre aquellas dos potencias, y la desmembración de este reino era un grave atentado, así para el preste Piatoli y para los jóvenes cuya política él inspiraba, como para el mismo Alejandro y sobre todo para el príncipe Czartoryski. Alejandro, en efecto, había dicho muchas veces en los momentos de expansión de su juventud ociosa y sujeta, que la desmembración de la Polonia era un crimen que habían cometido sus abuelos, y que él se consideraría feliz si pudiera repararlo. Pero no era fácil rehacer aquella Polonia; ni cómo era posible levantarla otra vez y dejarla aislada en medio de los estados rivales que la habían destruido? Un medio había, que era reconstituirla por completo, restituyéndola todas las partes de que en otro tiempo se había compuesto, y dársela después al emperador de Rusia, el cual otorgaría en su favor instituciones inde-